

¿Quién es, preguntas? De tu inocencia
 La imagen solo Prestan adorno!
 De aquel amigo ¡Hijo del alma,
 Tan cariñoso, Bello tesoro!
 Que del Dios santo ¡Si vieras cuánto,
 Bajó del trono, Cuánto ambicionado
 Para ser siempre Tener los sueños
 Tu firme apoyo. Que ese Angel blondo
 ¿Ves cuánto, niño, Cuando tú duermes
 Cuánto te adoro? Te inspira, y cómo
 ¿Ves á tu madre Pienso que vagan
 Con cuánto gozo Blancos y hermosos
 Doquiera sigue Cual de alba espuma
 Tus pasos todos; Nevados copos!
 Te estrecha al seno Cuando obediente
 Si estás lloroso, Te mira absorto,
 Y amante besa Dócil y bueno
 Tus labios rojos? Para con todos;
 Pues aquese Angel ¡Cuánto se alegra
 De lindo rostro, Tu fiel Custodio
 De blancas alas De blancas alas
 Y dulces ojos, Y dulces ojos!
 Te cuida y quiere ¡Ay! nunca vuelva
 Más que nosotros. Su lindo rostro,
 Tú no le miras, De angustia lleno,
 Pero afanoso Triste y lloroso!
 Siempre á tu lado, ¡Ay! nunca mire
 Cual fiel custodio, Tu fiel Custodio
 Ese Angel vela Que al mal te inclinas
 Tierno, amoroso. Con que en su encono
 Oye, hijo mio! Perderte quieren
 ¿Has visto cómo Los viles monstruos,
 La clara lumbre Los enemigos
 Del sol radioso De tu reposo!
 Dora los campos, Cúbrante siempre,
 Los valles hondos, Tierno pimpollo,
 Las altas cumbres Hijo querido,
 Y el bosque umbroso? Prenda que adoro,
 Pues así el Angel Las blancas alas
 Esparce en torno Con que amoroso
 De tu existencia Te guarda ese Angel
 Fulgor precioso; De bello rostro;
 Con que teñidas Hasta que subas
 De nácar y oro Al almo trono,
 Véñse las nubes Donde el Dios bueno
 Que al cielo hermoso Será tu gozo!

TIRSO R. CÓRDOBA.

RICARDO Y LA MARIPOSA.

Traducido del frances, y dedicado al niño Antonio Moran y Cardoso.

EL sol se levantaba con todo su esplendor; las últimas sombras de la noche huían hácia el punto mas remoto del Océano, y se perdian en el inmenso golfo, en que el cielo parece que baja á abrazar á las ondas turbulentas. La brisa soplabá dulcemente, y el rocío con sus perlas numerosas engalanaba las violetas azules y brillantes. Los pajarillos en sus nidos de pluma, blandamente mecidos bajo las verdes y flexibles bóvedas de los árboles, saludaban al Soberano Autor de la naturaleza, en tanto que la alondra daba á la aurora la bienvenida con sus alegres cantos.

Poco tiempo despues, el niño Ricardo, el de los ojos negros y brillantes y las mejillas frescas y coloradas, sale lentamente de la casita paterna para ir á la escuela. Lleva cargado á la espalda un saco suficientemente provisto.

No llaman su atencion los hermosos colores del Oriente, ni la rosa en cuyo cáliz tiemblan todavía las perlas de la aurora: ve con la misma indiferencia los rebaños esparcidos en la campiña, los rayos del astro del dia que parecen jugar y deslizarse en los limpios cristales del rio, donde los saúces llorones mojan su suelta cabellera. No oye los tiernos gemidos de la paloma, los silbidos agudos del mirlo cuyos ecos repiten los valles en derredor, el fresco soplo del céfiro que se pierde en el umbroso follaje y se oye á veces como un suspiro suave y lleno de melodía.

Una linda mariposa vestida de azul, de oro y esmeralda, se miraba orgullosa en los húmedos cálices, daba vueltas en torno de una fuente cristalina, y luego se posa-